



EL AUTOBUS DE DOS PISOS, PUNTO FINAL DE MIS SUEÑOS

1. El autobús de dos pisos, origen de una nueva orientación de mi vida.

Hay un momento en la vida en que uno siente desprecio por la infancia. Sobreviene éste cuando los niños descubren de una vez para siempre que lo que les cuelga entre las piernas sirve para algo más que para regar las plantas. Repuestos de su primera gran impresión, intentan digerir en poco tiempo lo que deberían asimilar lenta y transitivamente. Entonces agarran su ideario infantil, tan sencillo e ingenuo el pobre, y lo tiran por la ventana. Y a cambio, proyectan en su cerebro una película absurda protagonizada por el sexo, el alcohol, el tabaco, el culto a la máquina y, en general, todo aquello que contribuye a reafirmar su tierna hombría.

En mayor o menor medida, yo también fui víctima de esa equivocación. Arrinconé los juguetes en mi memoria y vinieron a ocupar su lugar otros estímulos más a tono con mi edad. Algunos de estos estímulos sobreviven todavía hoy, tan frescos y esperanzados como entonces. Otros, los más, se desvanecieron, como hacen los fantasmas una vez cumplida su obligación de impresionar. Y unos pocos aún amenazan con convertir el resto de mis días en un enigmático camino de trampas y vericuetos que sólo mi indomable optimismo confía superar.

Los olvidos hacen más entrañable la recordación. De repente, un día descubrí entre los objetos queridos de un amigo, un autobús de hojalata parecido al que hoy capitanea mi colección. "¡Caramba!" -me dije- "¡Cuanto tiempo hacía que no veía un autobús de

hojalata!"... Una especie de escalofrío recorrió mi cuerpo. Era posiblemente uno de los primeros resortes que me retrotraían a la infancia. Aquella dorada infancia que un día dejé con suficiencia, y a la que ahora quería volver aunque fuera pidiendo excusas.

Desde que abandoné el paraíso perdido, los autobuses de juguete habían cambiado sustancialmente. A la hojalata sucedería el acero, sólido y pesado, con el cual el niño jugaría preparando se para ser director de empresa, pero no poeta. Al acero le tomaría el relevo el plástico, con el cual los autobuses corrían más, pero apenas daban tiempo a los viajeros imaginarios para disfrutar del paisaje. A la primitiva cuerda mecánica les sustituyó un mecanismo de fricción, y a éste la tracción eléctrica mediante pilas. Entretanto, los niños también habían cambiado. Los de entonces eramos flacos de carnes y ricos en ilusiones. Los de ahora son orondos y sonrosados, pero detectan tantos temores que lo más que pueden soñar es un futuro menos malo que el presente, que ya es bastante.

Fue entonces cuando me impuse el deber de rehabilitar mi niñez. Súbitamente comprendí que el agua me gustaba más que el vino. Que el chocolate era mil veces mejor que las ostras. (1) Que las tetas abundantes eran mejor que los pechos desérticos. Que una arboleda era más agradable que un erial. Que un juguete rudimentario y elemental tenía mucho más encanto que cualquiera de los objetos a los que la sociedad atribuía el valor de "bibelots" o incluso de obras de arte. Un nuevo propósito de sinceridad iba a guiar mi vida. Jamás sabría ser diplomático, ni hacer política, ni tan siquiera conquistar a una chica, porque

(1) Estas observaciones corresponden a la teoría desarrollada más ampliamente en el capítulo dedicado al carro-cisterna.

todas esas cosas exigían tácticas, y nada había más alejado de mi forma de pensar que una estrategia que no fuera el auténtico sentimiento. Si hubiera tenido la suficiente chispa, cada vez que un fracaso me hubiera evidenciado la necesidad de utilizar las palabras que no se sienten, habría dicho: "No, perdón. A mi me gustan los autobuses de hojalata, y contar mentiras no va conmigo". A las pocas chicas que más tarde tuvieron el rasgo de confesarme que sólo faltó un ápice de picardía por mi parte para decirme que sí, les diría ahora: "Si, claro. Pero a mí lo que me gustaban eran los autobuses de hojalata, y andar haciendo de castigador no era compatible con eso". A los que aún me reprochan falta de ambición, de energía, decisión de impresionar a los demás, "punch" como se dice ahora requisando términos boxísticos no tendría más remedio que oponerles idénticas razones: "Cuando un hombre cree que la verdad está en los autobuses de hojalata, no tiene por qué ir llamando la atención a

voces. Seguramente no hay sitio para él en el podium de los triunfadores". Así pues el autobús de hojalata que tenía mi amigo fue la llave que me reintrodujo en una fase de mi evolución mental que, como las antigüedades, había cobrado más valor con el paso del tiempo. Perseguir otro autobús como aquél sería un noble intento de volver a ser el que fui. Tener lo, jugar con él, hablar con sus pasajeros y dormir convirtiendo en su garaje la mesilla de noche, significaría un enunciado de mi modesta filosofía, en el fondo de la cual yace la profunda creencia de que todo lo que podamos adorar no vale la mitad de lo que valía para un niño el autobús de hojalata.

Tal vez por eso me fue tan esquivo. Desde que en 1.967 me hice con el primer juguete de hojalata, hasta que me fue enviado el autobús, transcurrieron jornadas de esperanza en la resurrección de la niñez: ("¡Qué lata ser mayor!. Me aburren las carteras de ejecutivo, los informes económicos, las noticias políticas... ¿Cuándo llegará el autobús de hojalata?"). Con esa zozobra, con la permanente sensación de insatisfacción y fraude, que según crecía se acentuaba, seguí caminando. Quince o veinte años hablan bastado para pulverizar los vestigios de nuestros primeros pasos. ¿Qué había sido de la Castellana?. ¿Y de los barquilleros?. ¿Qué fue de los chocolates de Molinero, de Diego Valor, de los tranvías madrileños, de los polos de hielo de dos reales, de Iriondo Venancio-Zarra-Panizo y Gainza - (o de Jun(osa-Pérez PayáBen Barek-Carlsson y Escudero), del Colón y del Príncipe Alfonso, de las niñas con falda de vuelo encañonada y braguitas de ganchillo, de las tatas encofradas que se dejaban tocar el culo por los quintos en El Retiro, de los tíos barrigudos, con papada y cuello duro, que visitaban a nuestra madre todos sus cumpleaños, de la Historia Sagrada, con aquel Mosses de barbas torrenciales y aquella ballena que se comía a Jonás como si fuera Pinocho, de las radios de galena que sabía fabricarse nuestro primo el listo, de las chapas de Cinzano, que corrían más que las de cerveza, de los ciegos que cantaban coplas a la puerta del mercado "(Es historia del panadero de Cuenca que metió en el horno a su señora, por infiel", "El crimen de la calle de Tudescos", etc.), de los cromos y las canicas, de las tabas y las peonzas, de los recordatorios de primera comunión dedicados ("A mi primita con cariño, Alfonsín"), de las primaveras restallantes, y los veranos calientes, y los otoños llorosos, y los blancos inviernos fríos?...

Era como para enfadarse seriamente. En un momento me daba cuenta de que un hábil lavado de cerebro había borrado las huellas de mi pasado. Eso no era lo más grave. Miraba a mi alrededor y me daba cuenta de que los viejos valores habían sido

postergados, sustituidos por un universo nuevo donde la Luna era una sandía de plástico, y las estrellas aburridos destellos de neón.

Por algo había que empezar para encontrar lo perdido. Hasta tanto llegase el autobús de hojalata, podía enfocar mi vida en función de él. Ese fue mi propósito, y desde entonces empecé a mirar a mi alrededor con ojos distintos.

2. Sociología del autobús de dos pisos.

"Caballo grande, ande o no ande". Como buen niño, miraba primero la cantidad. Y aquellos autobuses de dos pisos que bajaban por la calle de Serrano eran más grandes que los de un piso. Yo diría que incluso de más noble efigie. No sé por qué, pero siempre imaginaba que los autobuses de un piso eran el trasunto mecanizado de un señor tullido, con cara de mala leche y un humor de perros. Hasta el humo que expelía su tubo de escape parecía más oscuro y maloliente que el de su colega de dos pisos. Los suyos eran pedos proletarios, pastosos y sofocantes, mientras que el grande, el alto, el noble, dejaba escapar amables ventosidades como las que tal vez soltara Su Majestad el Rey Carlos III cuando se solazaba paseando por los jardines de Sabatini.

Cuando tuve la dicha de viajar en un autobús de dos pisos, descubrí un tercer y definitivo encanto. Aquello era como volar en avión. Un avión modesto, sin pretensiones, de piloto aficionado o de paracaidista mártir, pero avión al fin y al cabo. Y volaba por Serrano abajo, y por Alcalá, y Cibeles, y por la Gran Vía, y sobrevolaba la Plaza de España, para peinar con su metálico penacho los árboles de Ferraz y acabar aterrizando en Rosales. Una vez allí bajaba y esperaba a que los trenes pasaran a lo lejos.

A lo largo de los viajes en autobús de dos pisos fui anotando muchos conocimientos de suma utilidad a lo largo de la vida. Uno de ellos la rapidez con que los cobradores despachaban aquellos curiosos billetes de papel biblia me llamaba singularmente la atención. Pronto me di cuenta de que para esta habilidad era indispensable una uña larga y a ser posible sucia, con el fin de que retuviera mejor el papel. Algunos cobradores se auxiliaban de un dedil de goma, pero este era un recurso de aprendices. Un buen cobrador tenía que despachar con la mugre de las uñas, y por eso no le importaba aparentar desaliño en el vestir. (A juzgar por su aspecto, los cobradores integraban un cuerpo la mar de competente. Malamente afeitados, grasientos y con legañas, acumulaban sobre su epidermis la costra que dejaba en el vehículo el sufrido

pueblo madrileño que no era poca). Finalmente, el cobrador completo solía pasear entre sus dientes un palillo amarillento y un tanto astillado, con solera de muchas digestiones. Eso no le impedía sin embargo modular mejor que Demóstenes para dar a los pasajeros las recomendaciones de rigor "Tengan la bondad de pasar para adelante. Adelante, por favor. ¡Vamonos!"

A pesar de componer un cuadro en conjunto poco sugestivo, los cobradores tenían muchas cosas envidiables. Una de ellas era la caja en la que guardaban los billetes. Era una especie de libro de chapa hueco, en el interior del cual se alineaban los tacos de billetes. Estos permanecían sujetos gracias a una especie de liga que cruzaba la caja en ambos sentidos. El chasquido de la goma sobre los tacos de billetes, y el del cierre violento de la caja son ruidos que mi memoria tiene perfectamente registrados. Cuando los recuerdo, me veo viajando en un avión por la Gran Vía, a la altura de las carteleras de los cines, y si tengo suerte, todavía alcanzo a distinguir la dulce cara de Audrey Hepburn abrazada a Gregory Peck en "Vacaciones en Roma", o la cursilísima estampa de Elizabeth Taylor el amor platónico de tantos niños de entonces- en "Ivanhoe".

Otra de las gabelas del personal de autobuses que yo envidiaba era su bocadillo. Este solía ser de sardinas o anchoas en aceite, y para que fuera bocado exquisito tenía que haber sido envuelto por la parienta en papel de periódico. A cambio de un inevitable sabor a rotativa, el cobrador podía deleitarse entre parada y parada conociendo las hazañas de Pahíño y sus muchachos en Riazor, al tiempo que paladeaba el sabroso manjar. Consumido éste, y sin dejar de despachar billetes, llegaba la liquidación de restos. Esta se refería a los que quedaban en la dentadura, y se podía llevar a cabo aspirando aire por entre los intersticios de los dientes, accionando la uña del meñique (la del dedo gordo resultaba demasiado poco ágil) y rematando con el trabajo del palillo. Los buenos cobradores, como los que todavía bullen en mi memoria, manejaban el palillo con la lengua. Una vez efectuada la profilaxis, o lo conservaban como pieza decorativa, o lo guardaban celosamente. Sí hacían esto era con el fin de fumarse un cigarro, al que para dar más larga vida solían apagar a la mitad. Por unos u otros motivos, no recuerdo un solo cobrador de autobús de mi infancia que no tuviera algo en la boca. ¡Ah!, naturalmente, muchos exhibían muelas de oro (siempre pensé que se trataba de muy buena gente). Viendo sus grandes bocadillos, casi inevitablemente a media mañana, y oliendo los efluvios de la aceitada sardina tuve que admitir también que eran hombres felices. Al menos así me lo parecían.

Después de viajar bastante en autobús de dos pisos, comprendí que la especie humana no

terminaba en los héroes y en los cobradores de autobuses. Reflexionando sobre el sentido que podían tener las miradas aleladas que generalmente se cruzaban los pasajeros, presentía la enorme complejidad de la fauna humana, y la insignificancia que en medio de ese bosque de sentimientos tan dispares representaban mis ideas. A base de observar la galería de tipos que subían al autobús, fui aprendiendo una elemental lección de humildad: sencillamente, que uno no está solo en este mundo. Nunca hasta entonces podía haber imaginado que existieran los gestores administrativos, por ejemplo. Y sin embargo los autobuses llevaban muchos gestores administrativos. Al principio creía que un gestor administrativo sólo es un señor con cara de aburrimiento cósmico, cartera bajo el brazo, bufanda gris, un caramelo de eucalipto en el paladar y, de vez en cuando, algún recuerdo para un nietecito. Sabía que había otras facetas de su personalidad, pero éstas me parecían sencillamente execrables: papeles, gestiones, burocracia. Algo, en definitiva, indigno de tomarse en consideración.

Pronto los gestores administrativos se me revelaron como personas muy estimables, llenas de una humanidad sencilla y gene rosa. A veces alcanzaba a oír furtivamente sus conversaciones con algún otro viajero. Mientras iban a la Puerta del Sor, para arreglar unos papeles en la Dirección General de Seguridad, se lamentaban de que su hija estuviera enferma gravemente, y de que les hubieran salido unas goteras en el techo del comedor recién pintado. A otros gestores administrativos les ocurría que no tenían garantizada su jubilación, y que su señora les abroncaba por ello.

- ¡Qué desgraciado es uno, Don Vidal!. ¡Ay, si hubiera hecho las oposiciones a secretario de juzgado, como me aconsejó mi difunto padre que en paz descanse!

Don Vidal le miraba intentando hacerse cargo, pero a su vez suspiraba por el incierto futuro de su frágil hijita.

A mí me preocupaba especialmente disfrutar de la vida, ya fuera jugando con cajas de Laxen-Busto (2) vacías o viajando en

Sería injusto si no hiciera una mención en este hojalatorio de las antiguas cajas donde iba envasado el Laxen-Busto, construidas también con el entrañable material que dio vida a mis juguetes. Desgraciadamente, cuando tuve poder adquisitivo suficiente como para comprar una, había desaparecido la hojalata, sustituida por el plástico. Ignoro si habrá corrido la misma suerte el buen sabor de chocolate que tan simpático hacía a este laxante.

autobús. Sin embargo a algunas de las señoras gordas que normalmente ocupaban los asientos lo que realmente les quitaba el sueño era la cesta de la compra. Distintos puntos de vista. Uno se levantaba todos los días y todos los días le era servido el desayuno. Jamás había pensado que proporcionar ese desayuno fuera una preocupación para nadie. ¡Qué involuntariamente injusto!. Odiaba instintivamente a casi todas esas señoras gordas y vestidas de oscuro que viajaban en autobús porque eran feas y siempre parecían de mal humor. ¿Qué sabía yo de la angustia que para muchas de ellas suponía ir a la compra?.

¿Acaso estaba enterado de que tal vez se les había saltado una ballena de la faja, y que les estaba haciendo daño en la tripa?. ¿Cómo podría yo calibrar el disgusto que sentían cuando un enganchón les hacía una carrera en la media?. Y sin embargo esos eran sus problemas. Problemas de parecida entidad a los que yo tenía con mis ambiciones insatisfechas, mis sueños irrealizables y mis pequeñas frustraciones. Al cabo de mis años de autobús de dos pisos, también aprendí a comprender a las señoras gordas que iban a la compra. En el fondo, tanto derecho a quejarse de la vida tenían ellas como yo.

En las horas punta el autobús se llenaba a rebosar. Los de dos pisos iban menos atiborrados, pero aún así, cuando no tenía asiento, era sistemáticamente emparedado entre los viajeros. La experiencia no era grata. Como los niños siempre han sido bajitos y entonces lo éramos más que ahora nuestras caras quedaban a la altura de los culos adultos. A la altura del culo, incluso vestida, la humanidad deja bastante que desear. Muchas personas son inodoras, pero otras castigan sin piedad la pituitaria nasal. Mi memoria olfativa ha sido siempre muy buena, y por más que hemos evolucionado poniendo de moda el desodorante, no he olvidado el peculiarísimo aroma de dos culos de presencia casi obligada en los autobuses de entonces. Me refiero a los culos de los "militares" generalmente soldados sin graduación, "quintos" O "SOrciliS" y a los del clero y órdenes religiosas. El olor era parecido, pero así como la variante eclesiástica podía interpretarse como un olor de santidad, por cuanto tenía de evidente signo de pobreza, en la variante militar no había más remedio que echar de menos el jabón. Era un olor espeso, que invadía las cavidades nasales y parecía querer anidar en ellas. Cuando lo percibía, buscaba instintivamente una vestidura eclesiástica o una pantalón caqui. Al pojo localizaba el foco de las emanaciones. Un pacato diácono de sotana abrigada por el uso, o un soldadito español con esa inconfundible cara de batata braseada que a uno se le pone cuando hace la mili.

Para librarme de los molestos efluvios, me alzaba de puntillas y levantaba la cabeza cuanto

podía. Indefectiblemente mis ojos iban a detenerse en la barra a la que se agarraban las señoras gordas, los gestores administrativos, los curas, los militares y demás pasajeros sin asiento. De tales observaciones deduje que es grande la afición de] pueblo español a® dejarse crecer en exceso la uña de uno de los meñiques. Posteriormente la picaresca me enseñó los mil usos que pueden hacerse de esta cómoda herramienta. Mientras unos la utilizan para extraer el cerumen de los oídos, los más higiénicos la emplean para agarrar ágilmente los mocos rebeldes. Puede servir igualmente de destornillador, sacaespínillas y de limpia uñas de los restantes dedos. En cualquier caso, la uña del dedo meñique es un signo de pulcritud que inexplicablemente hemos rechazado socialmente. Desde esta humilde tribuna, yo abogo para que todos nos la dejemos crecer, libres de prejuicios y de temores a la crítica. Una buena uña larga puede mejorar sensiblemente nuestro aspecto físico, al tiempo que servirá para acercarnos al pueblo llano, que suele ser muy majo.

El lenguaje de la larga uña del dedo meñique no era el único que usaban las manos para comunicarse conmigo. También empleaban el de los sabañones, el de los pelos y el de las sortijas. Cuando distinguía un sabañón, el alma se me llenaba de pena.

Cuanto frío pasará esa pobre señora" pensaba. Efectivamente, la dueña de aquellas manos era una vieja matrona de rostro curtido por las penas. Probablemente iba de asistenta, a lavar ropa a casa de una marquesa rica.

- Señora marquesa, los calzoncillos del señor marqués están echados a perder. Froto y froto y no les salen las manchas.
- Por Dios, Braulia, qué cosas me dice usted. Todo es cuestión de paciencia: siga frotando, que si no el señor Marqués se enfadará.

A Braulia se la llevaban los diablos. En realidad lo que sucedía es que los sabañones le dolían demasiado.

- ¡Ay, si el señor marqués fuera menos gorrino, la de lágrimas

que me ahorraría! se lamentaba. Y seguía frotando. Luego, en el autobús, pensaba que su difunto marido había hecho muy bien no usando los calzoncillos: "Tan salao que estaba él, con las vergÜenzas a su caer", ¡Lástima de viudez!...

Los pelos en el dorso de la mano y en unos dedos gordos y chatos me parecían un certificado irrefutable de hombría. Años después, al ver que en mis manos sólo florecía un vello claro y

rubicundo me sentí muy decepcionado: ¹¹¡Jopéi. Esperaba ser un hércules y según estoy saliendo voy a parecer un nietecito de Felipe II". Pero lo que terminaba de redondear a mi juicio una mano modélica era una buena sortija de esas que se espigan del serrín de un vendedor ambulante. Tan pronto como expresé el deseo de comprarme una cuando tuviera ahorrado el dinero suficiente, mis padres y mis hermanas mayores se me echaron encima:

- ¡Por Dios, hijo!. Eso es una cursi lada, una horterada...¡Qué horror!.

Yo me encogía de hombros, y sentía mucha pena de que mis gustos originales chocaran tan bruscamente con los de mi medio social.

Porque me sorbían el seso aquellos solitarios de falsos rubíes, zafiros o amatistas, y especialmente si en ellos iba grabado un escudo, de la misma forma que me gustaban también ¿por qué no confesarlo?- unas corbatas que se estilaban por entonces, de una imitación de raso color púrpura y con un estampado en el centro que unas veces reproducía la imagen de un torero dando el pase de pecho y otras el escudo de uno de los equipos de fútbol de primera división. No acostumbrado todavía al "buen gusto oficial", esperaba impaciente el 12 de octubre, el 18 y el 25 de julio, por ver a los guardias civiles en traje de gala, con su acharolado tricornio engalonado y su ancho cinturón de un amarillo casi ofensivo para la retina. Y envidiaba a muchos de mis compañeros de colegio que iban a hacer la primera comunión vestidos de almirante, de caballero de Santiago o de general de división en uniforme de veranillo, en tanto que a mí me enfundaban un humilde traje de marinero, sin crucifijo dorado ni misal de fundas anacaradas, para mayor inri. "¿Por qué hay esa prevención contra muchas cosas bonitas?" me preguntaba yo. Y a fe que ahora, falsificado por los dictados de la moda y de lo que llaman buen gusto, todavía me lo sigo preguntando. Y es que digan lo que digan, lo cursi, lo pastelero, lo "kitsch" o lo "camp", como se dice ahora, es lo que primero impresiona nuestra epidermis, y tiene el encanto de la autenticidad. Pero hay que crecer, evolucionar y sofisticarse. Hay que ocultar la verdadera cara de uno, porque si no parecerá un paleta de por vida. ¡Qué se leva a hacer!.

Todas estas meditaciones, mas algún enamoramiento fugaz de una señorita de largas pestañas, eran frecuentes en mis viajes en autobús de dos pisos. Desde aquella atalaya rodante vi un mundo pequeño, para andar por casa, pero rebosante de humanidad. En él creo que aprendí a ser menos intransigente con las personas. Al cabo de unos años de viajero, me di cuenta de que los gestores administrativos, las amas de casa, los curas, los sorchis, las asistentes, los horteras y la gente en general tenía casi siempre una cara oculta de su

personalidad muy estimable.

Había hecho falta sin embargo que descubriera el autobús de dos pisos para corroborar la idea de que, por más que me empeñara en ser el ombligo del mundo, éste no giraba sólo para mí.

Tengo un gran cariño al autobús de dos pisos porque es el monumento vivo de mi primera musa literaria. Desde los siete u ocho años había coqueteado con letras y palabras. Primero fue un diminuto opúsculo escrito sobre papel cuadriculado, en tamaño de octavo, y dedicado a mi madre en el día de la otra Madre, que entonces se celebraba el ocho de diciembre. Después un poema en veinticuatro serventesios que se llamó "La Torcuatíada", y que no versaba sobre la saga de los Luca de Tena, sino sobre la desdichada vida de un tal Torcuato del que no recuerdo más que su estancia en Hollywood. Aunque no tenía muy desarrollado entonces mi sentido crítico, no me pasó inadvertida la raquíta calidad de aquellas producciones. Sin comprender las razones, intuía que los escritores que entendía fácilmente - Verne, Courwood, Salgari- eran considerados con desprecio, en tanto que muchos otros que se refugiaban en temas abstrusos o en figuras literarias de difícil digestión recibían el pláceme general de los mayores (Todavía el afán de "ser mayor" o, al menos, de parecerlo, era la mano invisible que guiaba mi conducta).

Naturalmente, lo que debería hacer era imitarlos. Y para ello, nada mejor que elegir un tema de seguro inexplorado, como era el de las relaciones entre el autobús de dos pisos y Góngora. Alguna vez, viendo detenidamente el retrato de este poeta pintado por Velázquez, me había parecido que su arquitectura cefálica, con la frente despejada, su ceño fruncido y el severo rictus de su boca, se asemejaba mucho a la visión frontal del autobús de dos pisos. La dificultad del empeño no frenó mi pluma, y en una tarde dejé escrito una rara especie de artículo en el que explicaba estas curiosas concomitancias, lanzando la hipótesis de que seguramente el vehículo era la reencarnación en una máquina del exquisito poeta cordobés.

Para bien de mi prestigio, nadie leyó nunca ese artículo. Como tampoco muchos otros escritos -poemas repelentes, principios de novelas, cuentos absurdos y variaciones sobre una línea escrita sin propósito definido- que brotaron espontáneamente de mis tardes

solitarias. Poco a poco, el autobús y el poeta que encendieran la mecha de mi imaginación, fueron separados de mi memoria por decenas de cuartillas nuevas en las que iba dejando impresas, siempre con tinta demasiado negra, mis huellas sentimentales. Llegaba la época de la adolescencia pudibunda, del "acné" juvenil, de las punzadas del sexo y las manos temblorosas por temor al pecado, del indescriptible sufrimiento por tener que ir a un guateque con unos pantalones que se nos antojaban demasiado cortos, del sudor en los sobacos cuando uno sentía que la chica con la que bailaba "Yesterday" se acurrucaba contra nuestro pecho... Pero todo me sabía a poco. De la noche a la mañana, descubría que el amor era lo más importante, y me obligaba a entregarle lo mejor de mis pensamientos. Pero tenía que ser un amor pleno, total, intenso, y sin barreras. Desgraciadamente en contra de estos ideales se erigía un sexto mandamiento que era algo así como el artículo 2 de la famosa Ley de Prensa para los periodistas españoles. Lo examinara por donde lo examinara, no había manera de congeniarme con el amor sin caer en la heterodoxia. Puesto en el difícil trámite de elegir, no tuve más remedio -de acuerdo con mi concepto de la moral de elegir el camino de la pureza. Y pasaron muchos años sin ver una mujer desnuda ni tocar una mala tética.

A una conducta juvenil tan aséptica, puritana y rigurosa, tenía que corresponder un caudal de llanto sentimental vertido sobre el papel. De entonces datan mis creaciones más vergonzantes. No escribía más que cursiladas hablando de lunas, de nubes, de lluvias, de sol, de nieblas, de lagos oscuros, de besos, de roces con el largo cabello de una ninfa, de gasas y tules suspendidos del espacio y de muchas otras sensaciones que jamás había percibido personalmente. Entendía que todo poeta tenía que hablar del amor. Y como la prohibición de éste no implicaba la renuncia a mis aspiraciones de poeta, tuve que cometer la herejía de inventarme aventuras románticas y describirlas en primera persona.

Rompiendo la norma general del secreto de mis escritos, leí a algunas niñas mis poemas más desgarrados. Esto obedecía a dos propósitos muy astutos. En primer lugar, demostrarles que no se encontraban ante un muchacho vulgar, que salía con ellas para ver únicamente si se dejaban meter mano. Y posteriormente, y por si caía la breva, insinuar una leve declaración de amor que sería incapaz de pronunciar de viva voz. "Así, niña" -decía uno de los poemas más repugnantemente sensibleros y efectistas que escribí "llorando así te quise ver/ tardes y más tardes de otoño y primavera/ llorando así por mí/ por mis pecados" (obsérvese el toque religioso: amor, sí, pero dentro de la fe, podría haber sido mi lema) "/por mis heridas/ llorando por la sangre que caía de mi cuerpo" (no recuerdo haber sangrado más que por las narices, y nunca vi llorar a una niña por ello), "Así, niña/ llorando como

lloras en este cementerio"/ (¡Toma ya el sosias de Bécqueri) "te quise ver./ Pero me lloras tarde, niña,/ cuando ya no hay azul para mis ojos/ y mis labios se deshacen como el cieno./ Pero me lloras tarde, niña,/ ahora que ya estoy muerto" (Como se podrá observar, no me andaba con rodeos a la hora de impresionar. ¡Qué bárbaro!).

Algunas de las niñas de turno oían aquélla como quien oye llover. Pero no sería honrado ocultar que otras hasta dejaban escapar un suspiro. Eso no significaba que respondieran positiva mente a mi trágica llamada a la compañera, sino que ellas también tenían su poquito de sensibilidad, esto es, que comprendían mi sino, aunque no estaban dispuestas a acabar con él. "Menos da una piedra¹¹ -pensaba yo conformista. Finalmente, también había quien creía, simplemente, que había salido con un majadero. Las chicas de esta última categoría, dibujaban una sonrisita de compromiso y volvían a su casa añorando a al gun vivo que en lugar de tocarles música celestial les tocara sus tetitas, que para eso eran tan gordas y estaban tan bien puestecitas. Ninguno de estos tres tipos de chicas colmó mis aspiraciones. Lo cual tampoco era injusto, porque a sus ojos, evidentemente, yo no daba la talla.

Me imagino que es norma general en el que empieza a ser joven sentirse incomprendido. Eso le ocurría a Esteban Dedalus y al pequeño cachorro, pero el hecho de identificarme con los personajes de Joyce y de Dylan Thomas no mitigaba el dolor de mi soledad. Por eso, cuando conocí a Mariló, creí que por fin a mi corazón agostado le iba llover el amor, y me puse muy contento. Manió era muy mona, sonriente y pizpireta, y además aceptó encantada cuando le invité un día a pasear en las barcas del Retiro. Ese plan había sido durante mucho tiempo el más codiciado por mí, porque esperaba de él lo mejor. Mecida por el suave oleaje, bajo los sauces de la orilla y al arrullo de mis poemas -pensaba- Mariló no tendría posibilidad de escurrirse.

Todo en principio marchó sobre ruedas. Mariló chisporroteaba leyendo mis lamentos, y parecía comprenderme. Después, en la cálida oscuridad de un club, nuestras palabras parecían acercarnos más y más, y yo notaba que sus ojos brillaban, y que mis sobacos el amor y los exámenes siempre me han humedecido las axilas se derretían. De repente se levantó con cara muy seria y me dijo:

- Perdóname, pero tengo que dejarte unos momentos.

Y me dejó solo. A vueltas con mi comportamiento, traté de hallar una explicación a su desplante. Francamente, no recordaba haberme pasado en ningún momento < ¿Qué le había llevado entonces a abandonarme tan de repente?. Sin embargo ella misma se encargó de

explicármelo unos minutos después.

- ¿Te pasaba algo? -le pregunté.

- Verás... El caso es que...

Tuve que insistir machaconamente.

Dímelo, mujer, no tengas vergüenza. ¿Es que tenías ganas de ir al cuarto de baño?.

- Ssss... Sí. Es que...

- ¿Es que qué?. ¿No te vas a atrever a contármelo?. Vamos, no seas tonta, si crees que voy a escandalizarme te equivocas,, Ya se que todas las mujeres...

- No, no vayas a creer otra cosa... Es que... ¡tengo colitis – crónica!

“¿Colitis crónica?" -pensé "¡oh, Dios mío, no puede ser verdad tanta maravilla!". Y lo proclamaba de corazón, porque estaba seguro de que si al fin había encontrado una chica mona, sensible, simpática, que aguantara mis poemas, se viniera a re mar en las barcas de El Retiro, y además padeciera colitis crónica, tenía que ser la mujer de mi vida. Porque lo mío era el estreñimiento, un estreñimiento crónico que me había ligado a la taza del retrete desde mi infancia, y que nunca hasta entonces me había parecido tan hermoso, seguro como estaba de que era lo único que nos faltaba para complementarnos mutuamente.

- Escucha -le dije muy nervioso- Es maravilloso, casi providencial... Pero yo tengo estreñimiento crónico... ¿No es fantástico?.

De Mariló recuerdo con agrado su nombre, tan propio para el amor de un joven pulcro y piadoso como yo. Su sonrisa y su corte de cara, una mezcla perfecta entre el de Jean Simmons y Angie Dickinson. Sus ojos acariciadores, frente a cuyas miradas tuve que recordar los horrores del pecado para no cometer el deliquio de besarla (supongo que ella no pensaría que el - pecado era tan horroroso, y esperó alguna vez que lo hiciera. Pero no hubo manera). Su aire vagamente locuelo, divertido y desprejuiciado...

De Mariló recuerdo con amargura un veintitrés de septiembre de los años sesenta, a la vuelta del verano. A lo largo de dos meses, había cambiado los poemas por cartas. Las había escrito con tanto amor y delicadeza que me las imaginaba poco menos que ardiendo en sus

manos mientras las leía. Pero sin duda las borias y la humedad de] balneario gallego donde veraneaba habían acabado por apagar el fuego.

- Qué, ¿te habrás echado un novio en el balneario, no? pregunté bromeando.

- Sí -respondió lacónicamente.

Entonces sentí un golpe bajo en el alma, y un rubor de vengüenzae indignación debió subir a mis pálidos mofletes.

"Esto te pasa por escribir tanto y actuar tan poco" -me reproché para mis adentros.

Un autobús de dos pisos pasó por la calle de Velázquez (3). En silencio, mirando estúpidamente un vaso de yogur batido que había pedido en la última cita con la chica que tanto me había gustado, aún tuve humor suficiente para acordarme de mi primer ensayo literario. Montado en aquel autobús que yo quise confun

(3) Se trata de una licencia literaria. En septiembre de 1.966, cuando tuvieron lugar estos acontecimientos, los autobuses de dos pisos tal vez no circulaban ya por las calles madrí 1eñas.

dir con la honorable cabeza de Don Luis de Góngora, había recorrido un largo camino de poemas y suspiros. El final estaba allí, en aquella cafetería de la calle de Velázquez, junto a una Manió fría y distante que, a mi entender, no había sabido ver el lado bueno de un estreñido.

Menos mal que aún quedaban autobuses de dos pisos. Tuve que subir pues a uno de ellos, y buscar desde el alto observatorio de su segundo piso nuevos temas para mis sueños.

4. La felicidad también viaja en autobús de dos pisos.

Cuando el autobús de dos pisos ya era una reliquia histórica para la historia de nuestro Madrid, tuve la suerte de conocer Londres. ("Ya soy mayor, y viajo al extranjero como las personas importantes"). No me guiaba allá nada más que la simple curiosidad. El pretexto - aprender inglés- era demasiado débil ante el inmenso atractivo de la capital inglesa. Pronto, por los motivos que ya expuse (4) y por otros muchos que cualquier curioso puede imaginar, Londres me entró por los ojos. Fue como sumergirme en un baño de juguetes de Jata, porque casi todo allá encierra la nostalgia, el sabor y la noble grandeza de lo pasado de moda, que

es, paradójicamente, lo que siempre está - de actualidad.

Somos muchos los que hemos expresado alguna vez el deseo de venirnos de Londres conduciendo uno de sus famosos autobuses de dos pisos. De todos los vehículos de transporte público que he visto nunca, estos autobuses son sin duda los más bonitos. Co

(4) Ver la historia de] hombrecillo del paraguas.

nozco el Museo de Transporte de Londres, y puedo asegurar que la estirpe de autobuses de dos pisos, que se remonta por lo menos a la primera guerra mundial, es una de las más espectaculares y bonitas creaciones del ingenio munícipe. Se parecen menos a Góngora que los que rodaban por la calle de Hortaleza no tienen aquella cara de malas pulgas que caracterizaba a sus colegas españoles, pero a fuerza de recorrer las calles de la ciudad y de transportar a oficinistas lectores del "Times", a ancianas que leen poesías a sus gatos y a toda esa - gente que pulula por Londres, han heredado una pátina de humanidad y ternura que fácilmente arrebató el cariño del turista. Si llegara a morir millonario y excéntrico, cosa que razonablemente dudo, ordenaría en mi testamento que me enterraran en el asiento de conductor de un rojo autobús londinense. Siempre me ha parecido el vehículo más adecuado para viajar a la eternidad, y, en el cielo o en el infierno, sería un arma de gran utilidad para ganarme los favores de los patrones. ("Perdona, San Pedro. Ahora me toca guiar a mí. Anda, tú ponte de cobrador". "Señor, eso es una trampa. Todo el cielo sabe que ahora me tocaba conducir a mí hasta Piccadilly Circus. "¿Qué hacemos, Luis?. ¿Le apeamos en el purgatorio o le dejamos que se tome un taxi?... ¡Qué manía la de conducir el auto bús de dos pisos., ¡Con lo bien que se está en el cielo, lo pesados que se ponen mis discípulos"...)) Lo entiendo perfectamente; si yo fuera San Pedro también cogería la perra de conducir el autobús londinense. Al fin y al cabo, apariciones así no tienen lugar todos los días ni en la gloria celestial.

Mi amante en Londres, el objeto de mis ratos libres y de mis ilusiones incontroladas, fue el autobús de dos pisos. Callada mente, observando su paisaje interior y el que generosamente brindaba a través de sus ventanas, me convencía definitivamente de que sólo merece la pena ser mayor para vivir algunos momentos con la misma ilusión que se siente de pequeño. Hasta cierto punto, los tradicionales alicientes que un joven español podía encontrar en Inglaterra me dejaban indiferente. Me daba tanta vergüenza meterme en un "strip-tease" que no pasé de asomar la jeta por Soho. Pero en cambio no había resistido los atractivos del autobús de dos pisos. En él viajé de un lado para otro, mirando detenidamente desde el barboquejo de los "bobbies" hasta el paso gimnástico de esos atletas de edad indefinida que exhiben sus

blanquísimas pantorillas por los parques ingleses. Después de dos semanas, había compuesto un rompecabezas mental que se aproximaba bastante a la verdadera imagen de Londres. Tal vez fuera una visión superficial, demasiado ingenua y limitada. Pero seguro que era la más fascinante para mí.

Sin embargo, un día cambié mis planes de la noche a la *mañana*. Había dejado en Madrid, recién conocida, a Isabel, y en un rato de claro entre algunos de los chaparrones del julio londinense, adiviné su sonrisa en medio de las nubes. A su lado, lo confieso, los soldaditos de Buckingham Palace me parecieron sabandijas, e incluso olvidé los conciertos al aire libre en Hampstead Heath y los bucólicos cruceros por el Támesis. Aunque no tenía ninguna certeza de que obraba bien, deseaba interrumpir mi estancia en Londres, para reunirme con ella.

Al día siguiente un autobús de dos pisos me dejó en Victoria. Me despedí de él triste, pero alegre, alegre, pero triste. Llevaba en mi equipaje grandes esperanzas y algunos remordimientos. Afortunadamente, éstos se apagaron pronto: mi aman te londinense nunca sería traicionado.

Dos años después volvía a ver Londres desde su segundo piso. Pero ahora no estaba solo. A mi lado, convertida en mi mujer, venía Isabel, que miraba complacida aquel extraño triángulo espiritual entre un rojo autobús, ella y su marido, esclavo de la fantasía.

Luis Figuerola-Ferretti Gil